

DIARIO DE CORDOBA

PERIÓDICO INDEPENDIENTE. DECANO DE LA PRENSA CORDOBESA

Suscripción (Pago adelantado). En Andalucía 6 pesetas trimestre.—Resto de España, 7'50.—Extranjero, 15.—Número suelto: DIEZ céntimos.

DIARIO DE LA MAÑANA. ÚLTIMAS NOTICIAS DE LA MADRUGADA

FRANQUEO
CONCERTADO

V I E R N E S S A N T O

Jesucristo es azotado para borrar la esclavitud que padece el linaje humano

El Evangelista dice en el capítulo primero, versículo primero: «Tunc ergo apprehendit Pilatus Jesum et flagellavit». «Pilatos pues tomó a Jesús y azotó».

Toda la vida de Nuestro Divino Redentor es un prodigio de enseñanzas. No hay un momento en el que no encontremos alta significación, misterios divinos hasta entonces promercedos y hasta ese tiempo nunca enseñados. Todos los sabios del mundo han enseñado algo que no trasciende de la esfera y alcance humano; en Jesucristo todo es sobrenatural, pero siempre tiene la especialidad que redundando en provecho y bien de los hombres. También es de admirar que en todo cuanto se refiere a este Redentor Divino se observa la mayor similitud. Jesús siempre es el mismo en sus explicaciones, en su práctica de vida no hay solución de continuidad. En Cristo todo es sufrir, todo es padecer. Así padece en su nacimiento; padece apenas nacido; las persecuciones de los potentes de la tierra; luego padece las iras de los judíos, padece hasta por estulticia y vacilación de sus propios discípulos.

Padece la traición de uno de ellos, la negación de otro y el abandono de todos. Con razón ha sido llamado «Vir dolorum», varón de dolores.

Pero si es cierto que en Jesús todo es padecimiento, no lo es menos cuando más se manifiestan y patentizan es en los momentos de su Sublime Pasión. El Redentor Divino se ofrece siempre como ser sobrehumano; se ofrece como Dios. Más en la Pasión y apurando los más terribles martirios sufriendo como sufrió, cual jamás hay comparación. En esos momentos que le ponen no como mártir, sino como el único mártir, Jesús manifiesta toda su grandeza Divina, y cuanto más se esfuerzan sus enemigos en atormentarle, y cuanto esa inocente y humillada víctima más se esfuerza en pasar y consumir dolores más aparece como grande, como fuerte y como Dios.

Toda la Pasión de Jesucristo es sublime, es portentosa, y por lo mismo muy digna de ser contemplada y considerada; hoy no nos hemos de ocupar de otros momentos, todos iguales, todos grandiosos, y si solo de la flagelación de los azotes que la fuerza de sus verdugos descarga en el Sacratísimo Cuerpo de Jesús y que ellos mismos no se dan cuenta de su furor y de su rabia.

El pensamiento cristiano encuentra innumerables motivos para explicar el por qué de tan terrible tormento como sufrió Jesucristo amarrado a la columna. Sin duda, uno de esos motivos es la Justicia Divina, que aún cuando templada por la Misericordia en favor de los hombres, sin embargo es justicia; y es más, cuando se cumple en el Redentor Divino no hay templanza alguna, porque es que Jesucristo no quiere perdón ni pida quite; está decidido a pagar y todo cuanto se debe. Se ha de solventar la deuda pagando, y como el dador, que es la humanidad, no puede hacer el pago y lo hace Cristo, de aquí el tormento horrible. Es, pues, Dios el que azota a Jesús en cuanto hombre; y como esa justicia es rigurosa y exacta, se deduce lo terrible del suplicio y la amargura del Divino Redentor. Ya el Profeta Isaías dijo en el capítulo 53, versículo 8.º: «Propter scelera populi percussit eum». «Por los pecados de mi pueblo le azotó». Y el mismo profeta dice en el cap. 53 ver. 5: «Attritus est propter scelera nostra». «Fue destruido por nuestras culpas». Refiriéndose sin duda a Cristo en la Columna, dijo el Profeta en el cap. 1.º, ver. 6.º: «Vulnus, liber, et plaga tumens». «Heridas, hinchazón y llagas». Ese es el cuerpo de Jesús en los azotes. De Job, se dijo: «Desde la planta de los pies hasta el vértice de la cabeza no hay en El parte sana». Este es el Redentor en la flagelación. Es que la Justicia Divina

descarga sobre El todos los golpes de la indignación que causan los pecados de los hombres.

Otro aspecto en el que es corriente meditar el momento en el que Cristo-Jesús es azotado en la columna es aquel en el que Pilatos quiere, de tal manera quiere el tormento de la Divina Víctima, que llegue a producir la compasión de los judíos. En efecto, Pilatos no abrigaba resentimiento ni venganza alguna contra el Redentor del linaje humano. Aquel desgraciado hombre obró por cobardía y no por maldad. Por eso le dice Cristo: «Los que me han traído a tí tienen mayor pecado». Sin embargo, Pilatos es culpable porque hace el mal y sabe lo que hace. El quiere librar de la muerte al Justo, y para ello intenta ponerlo de tal forma que ablande el corazón de aquellas fieras humanas, que eran los judíos. Por eso dice: «Corripiam et dimittam eum»; San Lucas, cap. 22, ver. 20. «Le corregiré y le soltaré», y para ello ordena a sus soldados, los más fuertes y brutales, que golpeen sin la menor compasión a tan inocente Víctima; y ellos, en verdad, así lo practican. Toman a Jesús ebrios de sangre, amarran sus Divinas Manos con áspera y punzante soga, y mientras practican tan bárbara acción, blasfeman, rien, insultan y golpean a su Víctima. Sin duda alguna, el Profeta David, refiriéndose a este momento de la Pasión de Cristo, dijo: «Como presa preparada para la comida es rodeado por los cachorros del león; así yo soy tratado y rodeado por mis verdugos. ¿Qué gozo tienen aquellos demonios humanos en castigar a Jesús! Cuanto más golpean y rompen el Divino Cuerpo, más crece en sus fieros corazones el ansia de destruir y pegar; entre ellos hay una especie de pugilato por ver cuál es el que más se distingue en aumentar el tormento y cumplir así la brutal orden del Pretor. Jesús ya no puede más, su Rostro ensangrentado y amoratado; sus Espaldas desgarradas; sus Manos hinchadas y cubiertas de un color violado. En suma, digno de la mayor compasión, aparece Cristo amarrado a la columna. Un soldado, bufón, trae una corona de juncos marinos y la coloca brutalmente en la Divina Cabeza. Entonces, la sangre cubre los Divinos Ojos, y en esta forma se lleva de nuevo a la presencia del Pretor para que El dé por cumplida de un modo fiel la orden de atormentar que había dado. Cuanto Jesús ha sufrido por este concepto sólo la Divina Inteligencia puede medirlo.

Otra contemplación sobre este punto es la ingerencia infernal. Algunos Padres de la Iglesia dicen que el Infierno, a pesar de manifestarse tan claramente la Divinidad de Jesús durante su preciosa vida, no llegó a convencerse, y sin duda alguna esto pasó por Providencia de Dios, que muchas veces, por superiores razones, no permite que se vea lo que está claro y evidente. Y en este supuesto piadoso dice San Efrén que el Infierno dispuso la flagelación del Redentor de los hombres, de tal manera que pensó de este modo: Sea tan brutal que si es Dios haga un milagro y destruya a los que le atormentan, porque ya no puedo sufrir más; y si es hombre y no Dios, sucumba en el tormento. Por esto buscó a los soldados más fuertes y más fieros para que cumplieren su intento, y luego redobló su furor y su fuerza. Así Satanás se hallaba en aquella lúgubre y horrible sala; estaba enardeciendo los corazones de aquellos verdugos, embravecía sus furiosos instintos, daba fuerza de acero a sus robustos brazos y los golpes se sentían cual el ruido de maza que golpea hierro. Mas en valde Cristo sufre horriblemente. Cristo-Divino entreabre su Celestial Boca para suspirar y no desfallecer bajo el tormento. Pero conserva el ánimo tanto más sereno cuanto más atormentado. El Infierno sigue burlado y así el Redentor paga lo que debemos los hombres.

Pero nuestro principal intento en el día presente es contemplar cómo Jesús se hace esclavo en el momento de la flagelación para redimir de la esclavitud a los hombres, borrando esa afrentosa institución legitimada

por algunas legislaciones en los tiempos anteriores, y que por desgracia aún ha perdurado en algunos pueblos cultos, y hoy mismo continúa en los pueblos incivilizados.

El origen de la esclavitud se busca en distintas razones; una de ellas es la conquista y la guerra. Los pueblos antiguos, a los que más bien que estados debemos llamar así: pueblos; el deseo de expansión y conquista les llevaba a la guerra. Los más fuertes se expansionaban y extendían a costa de los débiles; y no contentos con arrebatarles el territorio en que moraban, los reducían a la esclavitud. El derecho romano justifica esa institución en el derecho de vida y muerte que tiene el captor en su prisionero, que es ni más ni menos que una parte del botín bélico. El prisionero es de quien lo captura, y supusieron que era un acto generoso el guardarlo y dedicarlo a todo género de servicios y no quitarle la vida. En su consecuencia el dueño disponía a su antojo del pobre cautivo, quien de hombre pasaba a ser cosa; entraba en el patrimonio del Señor y era muy natural que se hiciese de él objeto de con-

ducidos a la esclavitud y tratados como cosas. Y lo grave era que los hijos heredaban la esclavitud de los padres; así Temistocles estuvo en la mazmorra porque su padre Milciadeo no pudo pagar la multa que el senado ateniense le impuso por no haber sabido conquistar a Queronea.

Para nosotros el origen de la esclavitud está en la culpa humana. La esclavitud es el desconocimiento completo de la dignidad del hombre, y esto es un pecado enorme, es un delito de lesa humanidad. El hombre es esencialmente libre, porque el hombre piensa y quiere, y es dueño de su determinación.

La libertad es de dos clases: libertad de necesidad y libertad de coacción. La primera es la carencia de principio intrínseco que nos determine. La segunda es el poder de exteriorizar nuestros pensamientos y posiciones. El hombre es tanto más libre cuanto menos principios internos le determinan. Santo Tomás dice que libertad es Indeterminatio ad unum. La indeterminación a una sola cosa. El filósofo de Alemania, dice que el

esclavitud! Como que es la negación de la dignidad humana. Es tan triste como su origen, pues que nada es más triste que la culpa. El libertinaje trae la esclavitud. Trae la degradación humana.

Cristo Jesús, El único amador del hombre tiene compasión de los esclavos, y por eso se hizo voluntariamente esclavo, para redimir a los hombres. Y así atacó a la esclavitud en su propia razón: en la culpa.

Toda la admirable vida de Jesús fue manifestación cumplida de servidumbre, pero en donde más se manifiesta es desde que empieza la sublime pasión; y esto podemos pensar que es desde la última cena. Cristo, desde que fue concebido, no dejó de pensar en esa pasión y muerte, como que había aceptado voluntariamente ser hombre para padecer por el hombre. Mas bien lo expresa con gran claridad desde que fué al Cenáculo con sus discípulos, y al acabar la Santa Cena se despoja de sus vestiduras, ciñe a su cintura una toalla y lava los pies de aquellos hombres. La forma en que practica este acto el Redentor divino es la misma que empleaban los esclavos, pues estos eran los que en los grandes convites arrojándose ante su Señor lavaban los pies. Vemos, por tanto, que Cristo en este momento se apropia el oficio de siervo; y tanto que Pedro, asombrado, se niega terminantemente a que el Maestro le lave a él, y es necesario que Cristo le comine con la pena de muerte eterna si no se deja lavar. Realmente asombra el pensamiento de que un Dios Creador de cuanto existe y haya de existir se humille hasta el extremo de lavar los pies a unos humildes y pobres mortales y algunos de ellos muy pecador y enemigo perdido suyo. A ningún sabio, ni maestro del mundo se le ocurrió, ni ocurre semejante acción de servidumbre y humildad. Con esta conducta y enseñanza Cristo dignifica, eleva y santifica los oficios más humildes. Ya el pobre criado a quien su peor o mejor suerte le obliga a buscar el sustento sirviendo, no tiene que avergonzarse, pues Jesús, siendo Rey de reyes, y Señor de los que dominan, lavó y limpió, y secó, y con grande esmero, los pies de los hombres. Pero donde el Divino Jesús se declara más solemnemente esclavo es en el momento de ser amarrado y azotado en la Columna.

Sabemos que los romanos, que fueron los ejecutores materiales de tan tremendo crimen, eran muy formalistas; que todos sus actos de la vida privada, y mucho más los de la vida pública, los rodeaban de solemnidades, que tenían para ellos una simbólica intención. El matrimonio iba rodeado de solemnes fórmulas. El testamento estaba acompañado de terminantes solemnidades, so pena de nulidad. La liberación de un esclavo se hacía de ordinario de un modo solemnisimo, que era la manumisión, y si no era así el liberto, por lo menos, no gozaba de la ciudadanía romana. Pues del mismo modo, cuando un hombre libre por razón de culpa o delito iba a ser privado de libertad se practicaba la ceremonia azotando por lo menos con cuarenta azotes al desgraciado que del estado de libertad iba a pasar al estado de esclavitud. Era la infamia, la deshonración pública que se imponía al criminal. Y he aquí Cristo Jesús deshonorado, declarado solemnemente esclavo. Lo amarran como se hacía con los esclavizados, y luego empieza la flagelación descargando sobre el Divino Cuerpo no cuarenta azotes, sino miles de azotes. Jesús en este instante es declarado de un modo solemne esclavo, y esclavo por culpa y delito; que era la forma más ignominiosa de la esclavitud.

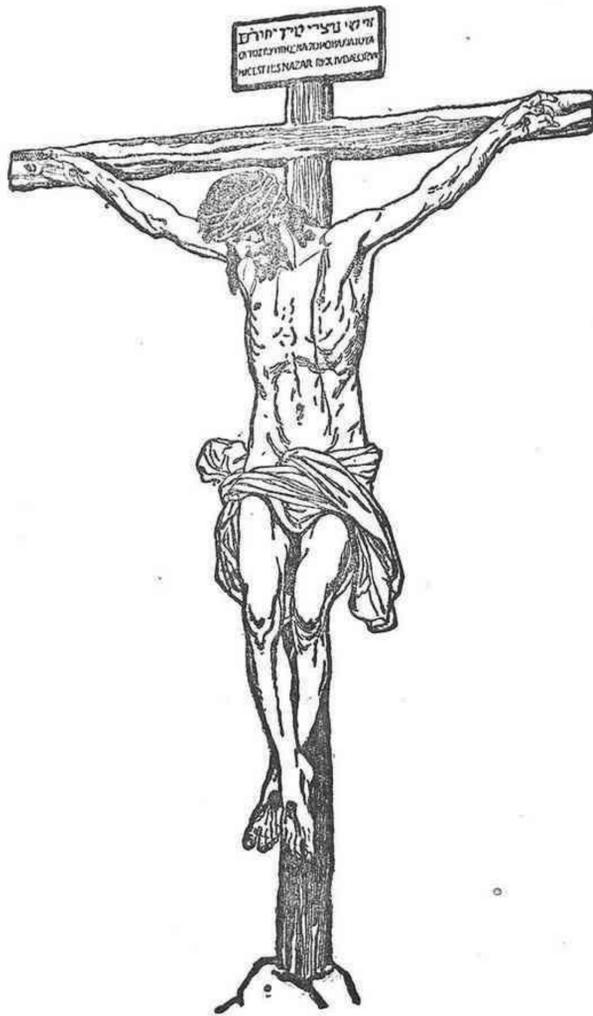
El tormento de Jesucristo debió ser atroz. La estima, el amor a la honra es una propiedad y un deseo muy natural y legítimo en el hombre, y por tanto su pérdida es un fuerte tormento, una amarga pena. Así cuando un jefe del Ejército es llevado a sufrir la última pena un superior dice al subalterno encargado: «Despojad de sus armas, de sus cru-

ces, de su uniforme a Fulano, a quien la Justicia deshonera porque el mismo se ha deshonrado». Lo mismo ocurre cuando un funcionario de la carrera judicial pasa por su culpa a cumplir las penas aflictivas de grado máximo, Dice el Presidente al alguacil: «Despojad de su biberete, de su escudo, de su medalla, de su toga a Fulano de tal, a quien la Justicia deshonera porque el mismo se ha deshonrado»; y qué vergüenza, qué bochorno, qué amargura pasará el militar y el magistrado a quien se degrada por castigo a su delito. Pues calculemos lo que sufrirá Cristo cuando el Pretor Romano dijo al jefe de la cohorte: «Azota a Jesús; es decir, haz esclavo a ese hombre indigno de ser libre por las culpas que ha cometido». La vergüenza de Jesús sería indefinible. Sus culpas, sí, sus culpas, porque si El no las cometió cargó y tomó las nuestras. Como se dice: «Et qui non noverat peccatum pro nobis peccatum fecit». «El que no conocía el pecado hizo el pecado por nosotros».

¿Qué ejemplo el de Cristo! Los más grandes filósofos habían dicho que Dios quitó de la mente de los esclavos la mitad de la inteligencia; así denigraban al hombre que no era libre; así trataban a la naturaleza humana aun los más sabios anteriores a Cristo. Mas ese Redentor Divino ensalza al hombre esclavo, permitiendo le arranquen la libertad de modo solemne para entrar dentro del orden de la esclavitud, y así dar un reconocimiento de la dignidad humana aún en la misma persona de los esclavos. Busca a la humanidad en el fondo de la humillación para encumbrarla a la dignidad que le corresponde, y así busca al esclavo en su miserable condición. Toma para sí aquel estado de oprobio y lo redime. Así encontramos que desde Cristo los hombres deben ser todos hermanos; y en efecto, lo son todos los que siguen verdaderamente a Jesús. El Apóstol San Pablo, en su carta a Filemón, evidentemente lo enseña, y el versículo 10 del único capítulo de que consta esa carta dice a Filemón que reciba a Onesimo que había sido su esclavo, y no como siervo, un discípulo de Jesús. Y cuántos frutos ha dado esa doctrina enseñada y practicada por el Redentor. Los cristianos de los primeros tiempos vivían reunidos como hermanos; luego, cuando ya no es posible esa vida común por la admirable expansión del cristianismo, queda un recuerdo de aquella primitiva en las órdenes religiosas, y en ella no hay criados, sino hermanos, y el religioso que cuida de los servicios es tan digno como el superior o el provincial, porque lo mismo el uno que el otro han sido libertados por Cristo, que se hizo esclavo por los dos, y no por uno de ellos. Ya no es de extrañar que un hombre de alma nobilísima, religioso de la Inclita Compañía de Jesús, San Pedro Claver, apenado por la situación a que la codicia y maldad de los hombres de pecado había reducido a los pobres negros, marche a la América para ser siervo de aquellos negros y llegar a merecer el sublime título del esclavo de los negros, y por esta imitación a Jesucristo logró legítimamente subir al Cielo y ser un hermano de Jesús en su misma gloria. Según los más grandes filósofos, Dios quitó de la mente del esclavo la mitad de inteligencia; según Cristo, que es el único filósofo con ciencia pura y santa, pues que El es el Verbo o Mente del Padre el hombre más rebajado, puesto que ha sido víctima del infame despojo de la libertad, merece que todo un Dios sea amarrado y azotado; esto es, que se haga esclavo para darle la libertad y constituir en su esfera y alta dignidad a todo el linaje humano.

Delico este pensamiento al ferrosos columnario don Niceto Alcalá Zamora y en El a los hermanos de la piadosa archicofradía que en Priego venera a Jesucristo hecho esclavo por los hombres. ¡Viva Jesús de la Columna.

Berenguer Ramón
Córdoba 6 Abril 1928.



tratación lícita y esto pasó no solamente en Roma sino en todos los pueblos antiguos. Los judíos sufrieron largos cautiverios, y durante ellos fueron verdaderos esclavos. Los mismos judíos tenían siervos, que digase lo que se quiera eran esclavos; y en la Biblia se nos dice que este era hijo de una libre y el otro de una esclava. Luego había esclavos. En otros pueblos también existió la esclavitud. Los Dorios redujeron a la esclavitud a muchos pueblos de La Lacedonia. Y así los Ilotas eran los primitivos habitantes de Helis, que fué un valeroso pueblo que se resistió a la conquista. Los Mesenios fueron reducidos a la esclavitud. Catón redujo muchos pueblos de España a la condición de esclavos, y Publio Cornelio se llevó a Roma como esclavos a los pocos supervivientes de la heroica Numancia.

Hay quien pone el origen de la esclavitud en lo económico, y asegura en el deseo que tenían los unos a vivir del trabajo de los otros. Creemos que lo económico fue una forma de la producción más no el origen de la esclavitud, sino el aprovechamiento de los pobres esclavos. La esclavitud procedía otras veces del delito, y así los reos de ciertos crímenes eran re-

hombre es libre cuando obra por imperativo categórico, y no por imperativo hipotético. En una palabra: el hombre es libre cuando obra por conciencia recta. El hombre bueno es más libre que el vicioso; porque en el bueno se impone la razón y en el vicioso se imponen las pasiones, las cuales no quitan pero amortiguan la libertad. Y como la libertad interna, o de necesidad es el fundamento de la libertad eterna, y esto aún más en las sociedades que en el individuo, he aquí el por qué a mayor virtud más libertad. El gran Donoso Cortés, en uno de sus hermosos discursos, demuestra cómo los hombres y los pueblos más virtuosos son los más libres; por eso en la Iglesia, casa del Señor, no hace falta policía, ni guardias, porque de ordinario cada uno cumple con su deber, y en cambio en los espectáculos y fiestas atroces, en las reuniones en las que se desarrolla la desenfrenada pasión, es preciso hasta un verdadero lujo de fuerza pública. Por lo mismo creemos que el origen verdadero de la esclavitud está en el pecado. Es decir que la culpa es el principio radical de la esclavitud.

Pero, ¿qué negra y qué triste es la

EL CRISTO DE LOS AMORTAJADOS

Azul el mar, azul el firmamento,
a vuelo las campanas;
reposan las traineras
en la paz de regazo de la playa;
el pueblo se arrodilla
con emoción que se condensa en lágrimas,
y en hombros, por el surco
que forman las plegarias,
la imagen de Jesús Nazareno
avanza, avanza, avanza...

Gotas de obscura sangre
por su frente resbalan,
es la entreabierta boca
una quejumbre trágica,
todo el dolor de un mundo
en el cáliz de un alma.
Es la vida en el borde de la muerte,
que a vida eterna surgirá mañana.
La imagen de Jesús el Nazareno
avanza, avanza, avanza...

Detrás del Redentor, divina angustia,
surge el rosario de la angustia humana:
primero, conducidas por los padres,
van las cajitas blancas
de los ingenuos párvulos
que, envueltos en albura de mortajas,
caminan como un himno de inocencia
que se deshace en oración de gracias.

Después pasan los negros atadidos
con un balance rítmico de barcos;
y después, entre salmos y sollozos,
todo el rebaño de la fe cristiana:
empareja la fuerte lugareña
con la abuelita que, al andar, se arrastra;

y cerca de los rudos pescadores,
de gréña hirsuta y rocia sotabarba,
se yergue un moquetón igual que un roble
rebotando pujanza...

Todos van como irán cuando la muerte
los lleve al cementerio de la playa.
De negro las humildes ancianitas,
vestidas como novias las muchachas,
y con burdo sayal de San Francisco
o con sudario de color del alba
los obreros del mar, y los que rompen
la tierra con el golpe de la azada.

Son los amortajados,
los que vieron la muerte muy cercana,
y, sintiendo congojas de agonía,
cifraron en Jesús firme esperanza,
y a Jesús se ofrecieron con sudores
de sangre que se helaba,
de aliento que era soplo imperceptible,
de dolor de la vida que se rasga...

Y el Padre milagroso, el Nazareno
los salvó recogiendo sus plegarias.
Cumpliendo la promesa,
los «ofrecidos» marchan
como exvotos vivientes,
como prendas de fe que se agiganta
al contemplar los féretros vacíos
y al sentir en el cuerpo las mortajas.

La procesión desfila por el pueblo
que acogido se estremera y calla...
Hay un temblor de espanto
en el mar infinito de las almas...
Envuelto en su sudario, el Nazareno
avanza, avanza, avanza...

M. R. Blanco Belmonte.

Recuerdos de la Pasión

Claudia Procla

Las primeras tintas del alba, teñidas de rosa y nécar, habían derramado su claridad suave sobre las cúpulas elevadas de las torres de Jerusalén,

Las sombras de la noche se habían alejado por completo para dejar paso a un nuevo día que había de ser eternamente célebre en la historia de las naciones y de los tiempos porque en él iban a realizarse dos hechos tan memorables como grandiosos. La injusta y afrentosa muerte de un Dios hecho hombre y la gloriosa Redención de la humanidad.

En un palacio próximo al que ocupaba el Petrarca Herodes, hacía el Norte de la plaza, distinguíase a través de una anchura ventana, abierta para que penetrasen los primeros rayos del sol y el aire que purificase, una figura de mujer, joven, esbelta y bella, pero pálida como una rosa de té, convulsa, como un delincuente: en aquel momento, parecía un cadáver. Acababa sin duda de dejar el lecho, según demostraba el desecado de su blanca túnica de fina lana y lo desordenado de sus hermosos cabellos. Todo en la estancia era rico en demasía, mostrando la alta dignidad y elevada posición de su dueño. Amplios cortinajes de brocado cubrían las puertas y paredes; almohadones de damasco ofrecían cómodos asientos donde quiera que se fijase la vista; elegantes repisas de mármol, bellas mesas triangulares sostenían vasos de plata y alabastro llenos de riquísimas esencias.

Aquella mujer era Claudia Procla, y esposa de Poncio Pilatos, gobernador de la Judea. En aquel momento la joven se hallaba recostada, medio tendida, sobre un cojín de púrpura de Tíbo.

Sus grandes ojos parecían inmóviles y fijos en un punto, como si al despertar de un largo sueño hubiera caído en un extraño y doloroso sonambulismo. Se hallaba absorta en un pensamiento poderoso que dominaba por completo su imaginación; debía ser triste y espantoso. Claudia hallábase tan conmovida que en sus facciones se reflejaba la angustia y el sufrimiento. Mucho tiempo transcurrió así sin que la joven se diera cuenta de lo que la rodeaba. Súbitamente y por la anchísima ventana que se abría sobre la plaza, llegó hasta Claudia un ruido inusitado y ensordecedor producido por los penetrantes ecos de las trompetas, por el choque de las lanzas y por los gritos del populacho soez y desenfrenado. La joven alzó la cabeza; echó atrás sus perfumados cabellos, como si quisiera alejar preocupaciones que abrumaban su frente, y cual movida por un resorte, se levantó y corrió hacia la ventana para informarse de la causa de aquel tumulto. No tardó en averiguarlo. Centenares de hombres pertenecientes a la lez de todos los pueblos de la Judea, corrían desenfrenados en pos de algunos soldados que entre filas conducían a otro hombre cubierto apenas con unos girones de púrpura, herido, ensangrentado, vacilante y desfallecido y acosado por las turbas que los centuriones no podían apartar con las puntas de sus lanzas.

[Tal era el afán de la muchedumbre desbordada, maltratar bárbaramente al moribundo, al más santo de los prisioneros! Claudia inclinó el cuerpo y miró con afán al que así perseguían, tratándole más que como a un criminal, como a una fiera aco rrada.

Pasó cerca y Claudia pudo distinguir bien. Los ojos de la joven se abrieron desmesuradamente; sus labios se agitaron para lanzar un ¡ay! penetrante y agudo. Su rostro, con-

traído, se deliró espantosamente, y sin poder resistir la emoción dobláronse sus rodillas y cayó desmayada. ¿Qué había visto que le impresionase de tal modo? La noche anterior había tenido un sueño horrible. Ante su mente habían pasado escenas que no comprendió, pero que le llenaron de terror y de dudas no experimentadas por ella hasta entonces. Había surgido ante sus ojos de una manera clara Belén, con su portal humilde y lleno de esplendores. El nacimiento de aquel anunciado por los profetas y adorado por los Reyes y por los Magos de Oriente. Había visto también en aquel sueño misterioso y extraño miles de niños inocentes degollados por el mandato de un rey feroz que llevaba el nombre de Herodes. Entre las nebulosidades del sopor recordaba la monstruosa historia de sangre y lágrimas con que el Rey de Judea había manchado su trono y su nombre. Claudia había escuchado dormida la profecía de Simeón y los augurios de Ana.

La huida a Egipto, la caída de los ídolos ante la presencia del hijo de una Virgen. Había oído sobre el monte Himalaya las ofertas que el genio del mal hacía al Nazareno y que éste rechazaba señalando a un monte donde se alzaba una cruz. Y en aquel madero enclavado como los asesinos y ladrones, vilipendiado y escarnecido por todos, moría un inocente! Los mundos temblaban; la tempestad se desencadenaba, retumbaba el trueno y el cárdeno relámpago iluminaba aquel cuadro de apocalíptico. El espacio se poblaba de ángeles que batían el vuelo en torno de aquella Cruz y que repetían en armónicos himnos como en Belén: Gloria al Dios de Cielo y Tierra; el anunciado por los profetas que ha consumado la redención de la humanidad.

Todo esto que la esposa de Pilatos había visto en sueños, la tenía confusa, porque en aquellas misteriosas visiones siempre aparecía el rostro bello, celestial, divino; ya del niño que nació en Belén, del hombre crucificado en el Gólgote y siempre su inmortal cabeza hallábase rodeada de una aureola de radiante luz, en la que aparecía un nombre: el de Jesús de Nazaret. Por eso cuando sus miradas se fijaron en aquel hombre a quien la muchedumbre perseguía y a quien el populacho ultrajaba, sintió que le faltaba la luz a sus ojos y que la vida huía de su corazón cayendo desplomada, porque ¡era Él!, era el mismo cuya imagen tenía grabada en su memoria para siempre! ¡Era Jesús de Nazaret! Era el Rey de los Mundos y de los Cielos. Era el que atropellado, vilipendiado y maltratado hasta derramar sangre, iba conducido a empellones, y al que el esposo de Claudia tenía que sentenciar.

Cuando la joven recobró el conocimiento lanzó un grito de horror y haciendo grandes esfuerzos volvió a la ventana.

La plaza estaba desierta. Con agitada voz preguntó a una de sus siervas: ¿Qué ha sucedido?

— Un hijo de Nazaret, acusado de perturbador del orden público, ha sido conducido ante el gobernador para que lo juzgue y lo condene.

— Y mi esposo, ¿qué ha hecho?— preguntó Claudia con anhelo.

— Lo ha interrogado y no lo ha considerado culpable. Le acaba de enviar a Herodes para que decida de su suerte.

La joven ordenó a una de sus siervas que fuese a llamar a Pilatos, mientras otra le arreglaba las vestiduras. Aquel no tardó en llegar. Cuando apareció Claudia dispuso que se marcharan sus doncellas y corrió hacia su esposo presa de tan gran emoción, que Pilatos se sorprendió.

— ¿Qué te sucede?— le preguntó aquel.

— Siento una angustia inmensa— contestó Claudia—. Es preciso que salves a ese hombre; estoy convencida de que es inocente. Y la joven contó a su esposo el sueño que había tenido.

— Los fariseos le acusan— objetó Pilatos impresionado por el relato de su mujer.

— Es preciso que lo salves— repitió ella con energías.

— Tiene muchos enemigos— añadió él.

— ¿Qué mal les ha hecho?— gritó Claudia en un noble arranque—. ¿Qué mal les ha hecho para que lo aborrezcan así?

— El gobernador de Judea enmudeció.

— ¿Qué mal os ha hecho?— siguió diciendo su esposa—. ¿No enseña por ventura el amor mutuo? ¿No tiene la caridad por base y el perdón de las injurias por guía? ¿No prohíbe el robo, el asesinato y el crimen? ¿No ordena la sumisión a la esposa y a la pureza a los hijos? ¿De qué lo culpáis? ¿Cuál es su delito?

Pilatos, sin energías, sin decisión, como se dobla la débil caña a impulsos del viento que la combate, ante los ruegos de su mujer, creyó con Claudia que Jesús era inocente, y accediendo a las ardientes súplicas de su esposa, ofreció librarle de sus enemigos. El gobernador de Jerusalén entregó a su esposa una sortija que llevaba puesta como prenda del cumplimiento de su palabra. Palabra vana, que como la hoja seca desprendida del árbol es arrastrada por el torbellino hasta sepultarla en el cieno.

Pilatos no cumplió su palabra apesar de estar seguro que en Jesús no había culpa; lo mandó azotar bárbaramente, y por último, aunque aseguraba lavándose las manos que no tenía intervención en la injusta sentencia, lo entregó al populacho y condenó a morir en la infamante Cruz.

Créese que Claudia se salvó. Los griegos la veneran como Santa, bajo el nombre de Claudia Procla. Pilatos, por hipócrita y cobarde, recibió el castigo que su infiel acción merecía, yendo a ser eternamente el compañero de Plutón.

La profecía tenía que cumplirse: Por eso el Hijo de Dios sufrió la pasión y muerte dando su preciosa sangre para redimir a la Humanidad.

Margarita Martín de Orellana, Maestra de la Escuela de Párvulos de Baena.

La sonrisa de Jesús

En el agresivo ambiente de frialdad y de egoísmo que informa el tiempo presente, el corazón y la mente naufragan a un tiempo mismo.

Y aunque virtudes lujosas exhiban las sociedades con palabras ostentosas, no son virtudes... son cosas de feria de vanidades...

Y se hace el bien... sin ternura. Falta el divino calor y la entrañable dulzura, y la linfa clara, fresca y pura del venero del amor.

Y también la comprensiva palabra, que no es la vana humillación compasiva, sino la conciencia viva de nuestra miseria humana.

Faltan virtudes jugosas, y los efluvios divinos de emociones contagiosas que por ocultos caminos cubran el mundo de rosas.

Ritmo y calor de otras vidas: de lágrimas y de flores en las almas escondidas ¡Y de las naves perdidas en el mar de los dolores!

Falta efusión en las manos y en los ojos. Falta luz... ¡La que alumbró a los humanos, con destellos soberanos, en los labios de Jesús!

Benigno Iniguez.

No hay más cátedra que la Cruz

Entre las insanas tinieblas que envuelven al pueblo moderno, se busca la panacea para modular la psicología humana.

En todas partes, en el libro, en el periódico, en la conferencia bucea la muchedumbre impaciente, la ocasión de hallar un remedio para volver al redil a las generaciones, sin que, en la tarea, la brújula otorgue la merced de indicarnos el norte seguro, la orientación precisa, el bálsamo alentador que nos cure y nos lave de nuestras imperfecciones y desvaríos.

Tras este ideal, el esfuerzo colectivo de los hombres, crece por momentos; todos, a porfía, quieren hallar los caminos sembrados de flores; pero, rara vez, y en fuerza de imperiosa necesidad, llamamos a la puerta de nuestra conciencia para que ella nos abra el recinto de las afrentas y sirva de heraldo en una renovadora y edificante cruzada.

De acá para allá vamos y venimos por doquier, el hombre de ciencia, los que tienen en sus manos los hilillos de la sabiduría, indagan, escuchan sobre la virtualidad de un remedio para la decadente sociedad moderna, que se derrumba y nos lleva al caos.

Intil tarea la de estos investigadores, que en el laboratorio moderno, quieren encontrar los reactivos, sin acordarse de que, en la farmacopea de la ética, la materia prima, el mantal purísimo que nos conduce al bien, radica en el madero de un suplicio maldicido, que es la piedra de toque, el eje que sostiene y sostendrá el edificio social y, hacia el cual, las miradas de los hombres deben dirigirse para hallar la suma perfección.

Este raro principio de fuerza, tiene bien probados sus privilegios; y, desde hace dieciocho siglos, ni una sola refutación la triunfada con argumentos para desvirtuarse que la Cruz es el símbolo; la ejecutoria mejor y mayor de todas las teorías; el arranque de todos los módulos; el más prepotente de los enunciados, la escuela de la que dimana la más serena y documentada doctrina, el centro de todos los misterios, el pedestal sobre el que se asientan las más definidas realidades.

En ella se bebe el líquido que calma la sed, el puro néctar que embriaga y conforta; es la síntesis de todas las ambiciones de la vida, el reposo alentador que eleva y prepara al corazón cuando, tras una cruda tempestad, se mira al madero y se recibe el alivio que precisa para mitigar las amarguras.

Mágico poder el suyo que, en su misterio, sabe a paradoja: una cruz, la cruz infamante, sirvió al Dios-Hombre para que fuera el patíbulo que rindiera su cuerpo lacerado y maltrecho; y, a cambio, a los mortales, esa misma cruz les detiene y les hace saciar sus apetitos; les defiende de las crudas invernas de la vida, elevando el espíritu y afinando el sentimiento con el perfume de la resignación y la enseñanza ejemplar que nos legó Cristo.

Esa es la cruz, la cátedra admirable—como dice San Pablo—, que lo explica todo, que lo aclara todo, con su silencio y su intensa fuerza emotiva, precursora de todas las convulsiones mundiales.

Por el hecho amargo de haber sido el cadalso del Redentor, se instituye en divisa de los creyentes, en atalaya de todos aquellos que fustigados, abatidos, rendidos por la tormentadora lluvia de las infamias, a la cruz acuden en busca de consuelo.

Sobre esta cruz, Cristo-Hombre, mantiene su humildad, en un alto ejemplo que admira y que subyuga; primero, para probar hasta donde llega su programa; y, más tarde, para elevar su grandeza ante las turbas, el día de la Resurrección.

Supremas características son estas que adornan la figura del Redentor de los mortales. Hombre, al fin, no sintió el orgullo de sus triunfos, al aturdir, con sus milagros, a los impíos; El quiso terminar su obra de liberación y no se detuvo en ser el sujeto agente y paciente de la cruzada, con tal que el bien corriera a raudales en provecho de la Humanidad.

Bien claro lo dijo y lo hizo sentir cuando junto a la piscina de Betsaida, cerca de Jerusalén, levantó y puso en marcha al paralítico de treinta y ocho años.

El sin atropellar la ley, tuvo la respuesta precisa para librar de castigo a la mujer adúltera: «quien de vosotros esté libre de pecado, este arroje la primera piedra.»

El dió vista al ciego que pedía limosna en las aceras del puente Tíropedón, untando los ojos del desgraciado mendigo con el barro que El hizo con su saliva y el polvo del suelo.

El, mago de la amistad, detiene las lágrimas de Marta y María hermanas de Lázaro y levanta a este de la sepultura.

El, curó a Máteo, criado del Sumo Pontífice, que en lucha con Pedro, el Apóstol, por atacar a Jesús, perdió una oreja de una cuchillada.

El, saltando en este relato la serie ilimitada de milagros, salió de la sepultura tres días después de su muerte, probando, en todo momento, su poder infinito y dejando final el gran programa que había de redimir a los hombres.

Y, todo esto, aconteció en torno de una cruz, de un madero, divisa del género humano, cátedra suprema de todas las ciencias, crisol de las más definidas cualidades, guión de los creyentes, paño de lágrimas de los hombres que rezan y mitigan sus dolores, buscando en ella, en la cruz, al Dios de las alturas, que en el paroxismo de su amor al prójimo, perdonó a los impíos, que despreciaban su obra, volando junto al Padre Eterno, satisfecho de haber bebido en el cáliz de la máxima amargura.

Vicente Mesa Rivi la.

Abril, 1928.

LONGINOS

Viendo en el árbol de la Cruz sagrado el cuerpo de Jesús lívido y yerto, Longinos, para darle por bien muerto le hunde forz la lanza en el costado.

Brotó cárdena sangre, y el soldado muestra, a la faz, su corazón abierto, hasta implorar, de lágrimas cubierto, al Señor por su mano traspasado.

¡Oh centurión, qué sino tan dichoso! Tú, ciego impio y bárbaro deicida fuiste de la Verdad mártir glorioso.

Y ya ante el Hombre-Dios feliz sonrías, pues basaste en el cielo su anchura herida radiante como estrella de rubíes.

G. Belmonte Müller.

LAS PRIMERAS FLORES Y LAS PRIMERAS PALABRAS

Al Excmo. Sr. don José Cruz Conde, comisario regio de la Exposición Hispano Americana de Sevilla

La Iglesia celebraba por vez primera la entrada triunfal de Cristo en Jerusalén entre los aplausos y los ramos de flores de la gente sencilla del pueblo.

Los cristianos fugitivos de Palestina, con motivo de la desolación de aquellas regiones por las huestes de Tito, hijo del emperador Vespasiano, habían traído aquellas poéticas ceremonias a las iglesias de Roma.

El recinto sagrado, lóbrego y frío, en las catacumbas suburbanas de la ciudad imperial cubiertas sus paredes con los sepulcros de los mártires del tiempo de Nerón, se hallaba sólo alumbrado por tristes lucernas que convidaban a la meditación y al silencio.

Sobre el altar de piedra, desnudo de todo adorno, se veían las coronas de rosas para las vírgenes las guirnalda de siemprevivas para las viudas y esposas, y los ramos de laurel, palma y oliva para los demás fieles.

La Iglesia, con motivo del luto y el dolor de la persecución y muerte de sus queridos hijos, había suprimido toda clase de esplendor y señales de júbilo.

En medio de un religioso y profundo silencio sólo se percibía el canto pausado de los salmos, a dos coros, y a intervalos las bruscas acometidas del viento y el ruido monótono de la lluvia, con el fragor de la tempestad que se oían por los tragaluces.

El Pontífice San Evaristo, rodeado de sus diáconos con vestiduras encarnadas, en recuerdo de la sangre derramada por las primicias de los mártires, celebró el Santo Sacrificio distribuyendo a todos el Pan de los Angeles, que los fieles recibían en paños preciosos de seda con bordados de oro, rociados y aromatizados con las lágrimas y suspiros de los desterrados y perseguidos.

Mas antes de proceder a la bendición de los ramos el Pontífice se dirigió a la comunidad cristiana y le dijo:

«Hijos míos, vamos a consagrar por vez primera estos ramos en recuerdo de la entrada de Jesús en la ciudad de Jerusalén». Las coronas de rosas recordarán a las jóvenes las flores más preciadas de la virginidad; las guirnalda de siemprevivas dirán a las esposas y viudas el cariño y la piedad constantes de sus hogares; las coronas de laurel, oliva y palmas simbolizarán para todos vosotros el triunfo de la democracia y de la caridad cristiana, que saldrá siempre victoriosa de la corrupción de la humanidad y del egoísmo de los poderosos...

Hoy celebramos el triunfo de Cristo entre los clamorosos hosannas; esperemos seguirle también a la cumbre del Calvario, en medio de las persecuciones que nos agobian, pero así mismo recibiremos como El la corona de la inmortalidad, despreciadas las pompas y vanidades de la tierra.

A continuación, el santo Pontífice, emocionado y arrasados sus ojos por el llanto, impuso las coronas y guirnalda a las jóvenes, viudas y esposas, entregando los ramos benditos a los demás cristianos.

Terminada la bendición de los ramos, el conjunto de la procesión ofrecía un aspecto bello, solemne: las jóvenes se adornaban con blancos velos, simbolizando su pudor virginal, ostentando en sus sienes las coronas

de rosas; las viudas y esposas cubrían con mantos negros por la tristeza de la Iglesia, y los demás llevaban sobre la túnica blanca el lado del corazón, el ramo laurel. Todos iban cantando el Hosanna.

Concluida la procesión, esta suave murmullo de la concorde Petronio, ya convertido, y de las lágrimas y sollozos, que los niños matrimonios. El Pontífice asoció ello amorosamente y dijo a Petronio: «Hijo mío, os entrego una de las más estimables de esta Iglesia, a la bella y piadosa Lucía, respetad su virginidad, para que Señor os colme de bendiciones, conceda un asiento, con vestiduras blancas, a los lados del Cordero

Petronio dió después a Lucía beso de paz en la frente, y habiendo orado juntos ante el altar y recibida la bendición del Pontífice, se retiraron a retirarse.

Más de improviso, entre la sorpresa y el terror de los fieles, se oyeron estruendos terribles, gritos y blasfemias de las multitudes paganas, habiendo descubierto a la piedad unión por unos tragaluces que daban a la campaña romana, inerepables los cristianos.

Súbitamente arrojaron sobre las piedras y antorchas encendidas multitud, que a los pocos momentos les produjeron la muerte.

Después, cuando los paganos dieron penetrar en aquel sagrado recinto, ya casi destruido, un espectáculo trágico y emocionante se presentó a su vista cruel. El altar de piedra se hallaba bañado y salpicado con la sangre de San Evaristo y diáconos: Lucía, cubierta de sangre, aparecía ante sus grados en estado virginal abrazo con Petronio. El niño Eugenio, con la sonrisa en los labios, tenía todavía en sus manos calientes, envuelto en un paño blanco, el Pan de los Angeles; las vírgenes y esposas mostraban dulcemente sus rostros desfigurados por el dolor y el sufrimiento, el sueño feliz una venturosa eternidad. Sólo una pequeña lucerna, que se había preservado de la destrucción, emanaba sus débiles destellos sobre aquel cuadro sangriento; haciendo armonía con las flores de las coronas y ramos que, aunque deshojados y marchitos, despedían agradables y juveniles aromas.

No había duda, celebrando la primera vez aquellos fieles cristianos la entrada triunfal de Jesús en la ciudad de Jerusalén, le habían seguido después hasta el Gólgote por el espinoso camino de la piedad y dolor, consiguiendo, como Cristo, victoria de la resurrección sobre la carne, y la corona inmarcesible de una feliz eternidad.

Cristóbal R. Jurado, Pbro. Párroco de Niebla (Huelva).

GANAR TU AMOR

Como ganas el pan gana tu amor poniendo en el amor el mismo afán que por ganar tu pan puso tu amor. Haciendo del dolor carga ligera y del duro vivir ligeros lazos, si es que todo lo esperas de la gracia infinita de tus brazos.

Gana tu amor como Jesús: dando tu corazón a cambio de una Cruz.

Juan Socá.

ECCE HOMO

Cuadro triste y sombrío el que contempla el pueblo deicida, cuando Petronio contempla al Redentor, coronado de espinas, cubierto de un manto de vieja púrpura y una frágil caña de mano, todo lleno de heridas, ante sus benditas manos, convertido en Rey de burla el dueño y Señor del Universo.

Humillación profunda, cruel abasallamiento, prueba clara de la grandeza del pecado y de la misericordia de Dios.

¿Quién podrá contar las gotas de agua del revuelto mar? ¿Quién podrá decir las asombrosas distancias que corren las estrellas? ¿Quién podrá decir el sublime misterio de la Redención, el sublime misterio de la humanidad?

La frágil caña de la humanidad y los manos del divino Nazareno y repelidos con su sangre se había de convertir en el frondoso árbol de los justos, en la Cruz, escandalo para los poderosos y necesidad para los gentiles, para el mundo la verdadera vida.

La verdad y el error, la luz y las tinieblas, el amor y el odio habiendo luchado hasta la consumación de los siglos y Dios, triunfador del pecado, estableció su amor a los justos eterno prodigando su amor a los justos y haciendo sentir el peso de la inflexible justicia a los malvados.

El grito de rebelión de los apóstatas es el mismo que resaca Jerusalén, pidiendo la muerte. Justo por los perdidos judíos. ¡Crucificado! ¡Crucificado! ¡Su sangre en un infuico juez.— ¡Su sangre en el sobre nosotros y sobre reinos y reinos, nosotros, porque sus obras os condenan a nuestra maldad.

Somos soberbios y aborrecemos la humildad, avaros y condenados.

robena, lobos sangrientos y quer-
nos devorarlo.
Solo ambicionamos su reino tem-
poral lleno de mundano esplendor y
nos importa poco el aplastar a los
degraciados, comer el pan amasado
con sus lágrimas y arrancar sus pre-
ciosas vidas aunque lleguemos a sen-
tir el cruel remordimiento.
Odiarnos el amor del Justo, cuya
cantidad nos irrita y enciende el fue-
go de nuestra venganza.
Y la majestad del Nazareno se
congrega y su poder inmenso se con-
giganta y hullen las negras sombras
del esplendor de su gloria y las espis-
tas de su corona se convierten en las
flores de la virtud y su manto de es-
carlato reina todos los siglos con el
verdadero poder de Dios.
¡Ece Homo! He aquí el Hombre.
Contempla, pueblo infame, al Dios
Hombre que viene a ofrecerte su vi-
da cuando tú pides su muerte.
El te sacó de la esclavitud de Egipto,
sepultando en el Mar Rojo a to-
dos tus enemigos; te alimentó con el
manto por medio del desierto y derramó
sobre ti el raudal de sus miseri-
cordias.
A su voz los vientos y los mares

le obedecen; multiplica el pan para
alimentar a las desfallecidas multitu-
des; los ciegos ven, los sordos oyen,
los muertos resucitan, los pecadores
son perdonados y los desgraciados
reciben el alivio y el consuelo.
Y vuestra crueldad no podrá de-
tener el poder de su eterno dominio;
pues vencerá al fuerte armado, le
quitará todos sus trofeos y ceñirá a
sus sienes la corona de la verdadera
gloria.
Y le seguirán nobles y generosas
almas que por su amor sufrirán toda
clase de amarguras, aceptando el sa-
crificio, como el más hermoso galar-
dón.
Y se romperán las cadenas de la
esclavitud, reinando la libertad de
los hijos de Dios.
La ciencia, iluminada por la fe, ha-
rá verdaderos sabios y, caminando
los hombres por la senda de la vir-
tud, en el valle triste de este mundo
aparecerán las blancas flores de la
pureza, las rojas amapolas del morti-
rio y los morados lirios de la marti-
ficación y en todas partes se ofrecerá
por los pecados una víctima pura,
una hostia inmaculada.
Y Jesús, esa ofrenda santa presen-
tada por Pilatos al pueblo judío, la
contemplarán todas las generaciones
de la Tierra, mostrado por el Padre
Celestial, como a su Hijo muy ama-

do, como modelo de perfección y san-
tidad.
Los que no siguen sus pasos por
el camino del dolor, no pueden con-
seguir la eterna vida que se alcanza
sólo con las lágrimas, pues el placer
nos sepulta en el mayor de los abis-
mos.
Y Jesús, condenado por la impio-
dad, sigue hasta la cumbre del Cal-
vario y espera el amor de sus buenos
hijos, que le seguirán con fe, no te-
miendo el silbido de los desencade-
nados vientos de la tribulación, pues
sus ojos contemplaron el sol bello de
la esperanza y del triunfo.
Y no prevalecerán los impíos, que
serán como polvo disipado por la tem-
pestad. Y en la terrible noche del
eterno caos elevarán su vista y con-
templarán a los buenos, a quienes
despreciaron, revestidos de la clar-
dad de Dios, siendo eternamente bie-
naventurados.
El invierno es triste, soplan los
helados vientos, las negras nubes con-
bren el horizonte... pero en la her-
mosa Primavera aparecen las delica-
das y olorosas flores, las sonrosadas
nubes de nécar y de oro, las suaves
brisas, y se regocija el corazón. Así
sucederá con los justos, que después
de sufrir contemplarán a Jesús en el
Cielo como Sol de verdad y de belle-
za infinita.
Juan Cuevas Romero.

CAMINO DEL CALVARIO

Va la gente por las calles bulliciosa
con sus gritos, sus insultos y el estruendo
de trompetas y tambores y algarazas
para ver crucificar al Nazareno
No hay ninguno, no hay ninguno entre esa gente
de los muchos que favorece el debieron,
no hay ninguno que a llevar la Cruz ayude
al Creador, a El que conserva el Universo.
La que es lirio de los valles, la doncella
que fue Virgen y fue Madre al mismo tiempo,
va en su busca y a contarle sus dolores,
su amargura, su infinito sufrimiento.
Y le encuentra ya sin fuerzas, abatido,
y en sus hombros delicados va el madero,
el madero de las culpas de los hombres
que pretenden consumir un sacrilegio.
Y le mira ensangrentado y en sus sienes
la corona que por befa le pusieron
y en sus ojos ve un poema de ternura:
el sublime del amor; ve a un Dios muriendo.
Y allí corre la doncella sulamita,
allí corre desolada y a su encuentro
no hay un rasgo de piedad en los verdugos,
¡mientras lloran los querubenes en el cielo!
¿Qué le dice con sus lágrimas María?
¿Que a su madre le contesta el Nazareno?
Fueron mudos ambos labios, mas sus ojos,
¡cuántas cosas silenciosas se dijeron!
Sola y triste se retira de su lado;
¡sola y triste la que alegra el alto cielo!
abatida, sollozante y en su rostro
reflejando los pesares del encuentro.
Están cerca del Calvario los sayones.
De blasfemias y alaridos el estruendo
no ha cesado un sólo instante. Jesucristo
tiene ayuda de alquiler: ¡un Cirineo!
Y la Reina de los Angeles, su Madre,
la que adoran los querubenes en el cielo,
va allí cerca silenciosa y abatida
sin que salga de sus labios un lamento.
Daniel Aguilera.

apenas alumbrado por luces en ago-
nia.
Con el alba empezaron a llegar los
flecos y hasta muy avanzada la noche
ocupan la placita en cuyo reducido
espacio tantas almas se congregan.
Y una vez, de madrugada casi,
sentase en la calle de los Alfáros una
música suavizada por la lejanía, hasta
el punto de que parecía sonar co-
mo un recuerdo, dentro del alma.
El transunto, cautivado por la
esecondida música que, si no vibraba
dentro de él, era porque salía del
interior, del alma misma de la ciu-
dad, atento el oído la fue buscando,
hasta seguir cuesta del Baillo arriba,
para encontrarla en la plaza de los
Dolores. No había más luces que las
agonizantes del Cristo de la Expiración.
Apenas acusadas en las sombras
las figuras, unos cuantos aficionados,
que salieron de serenata, posiblemen-
te sin propósito deliberado de llegar
allí, sino porque se dejaron llevar
de sus naturales impulsos, se despe-
dían dedicando la última composi-
ción a la Virgen de los Dolores. Y
las flautas, los violines, las guitarras
y las bandurrias, que antes habrían
interpretado alegres canciones, acor-
dadas cual nunca gemían en una ple-
garia, que llegaba hasta el fondo del
ser, ante la puerta, en aquellos mo-
mentos cerrada, del alma y la vida
de Córdoba.
E. García Niebla

Córdoba en el Viernes Santo

EL PASO DE LA PROCESION

La ciudad bulliciosa de luto se ha vestido
Un fúnebre cortejo marcha pausadamente
A su paso uniforme la turba ha enmudecido
Y de un gran misticismo se ha llenado el ambiente
Callaron las campanas sus metálicos sonos
Y tocan los clarines la marcha funeral,
Laten sobrecogidos de amor los corazones
Y reina en todas partes silencio sepulcral.
Pasan los nazarenos tristes, encapuchados,
Pasa el signo sagrado de nuestra Redención,
Y pasa el Huerto Santo y en él arrodillado
El Maestro Divino en su triste oración.
Atado a una columna va Aquel Manso Cordero
Que por librar las almas de eterna esclavitud
Fue condenado a muerte clavado en un madero
Siendo el Rey de la vida y la misma virtud,
Con una cruz a cuestas camina el Nazareno
A quien la turba infame de espinas coronó;
Camina resignado, de sangre el rostro lleno;
Tres veces bajo el peso de aqueza cruz cayó.
Enmudo del silencio que reina, una voz suena,
Y una sentida copla acaba de cantar,
Sembrando en los creyentes melancolía y pena
Y haciendo a los incrédulos gemir y sollozar.
Pendiente del madero Jesús también desfila
Con rostro agonizante bañado de sudor,
Al verlo en tal estado se nubla la pupila
Porque los ojos vierten lágrimas de dolor.
Un sol agonizante sus rayos nos envía,
Sus débiles reflejos bañan nuestra ciudad,
Parece que se oculta hasta la luz del día
Por no alumbrar el cuadro que ve la humanidad.

Tras eso Dios inmenso que va entre malhechores
Y que se nos presenta como un vil pecador,
Una mujer camina que sufre los rigores
De la más honda pena y el más fiero dolor.
Es de Ese Dios inmenso la Madre idolatrada
Que va tras El sufriendo por nuestra Redención;
Cada afrenta a Ese Hijo es una gruesa espada
Que puzante atraviesa su santo corazón.
Mirad qué triste marcha la Madre Dolorosa;
Mirad cuál gime y llora la más Santa Mujer;
Mirad cuál palidece la más fragante rosa;
La que al Verbo Divino gozosa le dió el ser.
Cesaron los bullicios, las dihas y alborozos,
Todos los pechos gimen de la tristeza en pos,
Se escuchan mil suetas que son como sollozos
De aquellos que contemplan a la Madre de Dios.
Sobre la cruz ya vuelan serenas golondrinas
Cuya armoniosa lengua de pronto enmudeció,
Y quieren arrancarle a Cristo las espigas
Que la infamia y la envidia en sus sienes clavó.

Pasaron lentamente los tristes nazarenos,
Y cual visión fantástica pasó la procesión;
Quedaron los mortales de espanto al verla llenos,
Saturada su alma de una intensa emoción.
Tarde de Viernes Santo! Con tu melancolía
Has vertido en las almas los torrentes de luz
Que hacen que vean sus culpas y admirando a María
No olviden que por ellas Cristo murió en la cruz.

A. Fernández Cantero.

La Puerta de Córdoba

¿Imagináis, ni idealmente siquiera,
en un cuadro de Romero de To-
rres, por ejemplo, la composición de
un alto pórtico, del cual descendiese
a la realidad visible de la tierra el
alma y la vida de Córdoba, represen-
tada en particular por sus mujeres,
desde la dama, en verdad augusta,
hasta la pituita que de voras parece
una fresca flor y un pajarito cantarín
a la vez?
No. La exposición del supuesto se-
ría rechazada como una fantasía, cual
la realidad de imaginación exaltada
hasta el punto de perder el contacto
con las posibilidades del mundo.
Pues bien: esta creación ideal, se
produce de veras a la visita de todos.
El Arco de Córdoba por el cual pasa
la población entera es el Pórtico de
la Capilla de los Dolores, en estos
días de la Semana Mayor.
Contemplado en la penumbra de
la plaza de Capuchinos, centro del
alma de la ciudad, miráis absortos el
descenso de las cordobesas desde el
cielo de su devoción hasta la tierra de
su patria, para espaciarse por calles
de misterio en busca de la paz de sus
hogares. Un momento destacarán la
figura al salir del Atrio, en su ma-
yoría altas y esbeltas, de luto hasta
la mantilla de encajes, erguida por
calada peineta, que también parece
de blondas. Allí se han reunido sin
faltar ni una que de cordobesa se es-
time, desde la dama principal, atavi-
ada con lujo en la severidad de su
negro traje, hasta la nena del pueblo
que no tenía a mano un velillo y so-
bre la cabeza se ha puesto un paño-
lito, blanco como la pureza de su al-
ma. Abrirán los ojos para orientarse
y enseguida se encerrará la mirada
en los párpados, algunos de ellos mo-
rados como lirios.
Si acertáis a entrar en el templo,
reducido y precioso como una filigra-
ma, cuyo tamaño nunca es mayor que
la Custodia de Arfe, dentro de ella
se puede considerar vuestro espíritu,
porque sentiréis el aleteo de las al-
mas en oración. Llegará a vuestros
oídos el susurro de la plegaria y en
ocasiones la imploración clara y ter-
minante, por la salud y por el bien
de los seres queridos. Al fondo, la
imagen de los Dolores, en cuyas me-
jillas, finge la luz que el llanto res-
bala. A sus pies, vivas lágrimas de
consuelo cubren el rostro de sus de-
votas. En los haces de oro de la co-
rona de la Virgen de los Dolores, es-
tán prendidas estrellas de plata.
Las velas, a miles, incoatables, lan-
zan su luz y, a la vez, para confun-
dirlo con el perfume del incienso, ex-
halan su aroma las flores múltiples
de todos los jardines y huertos
fueron llevadas al altar de la Patro-
na de Córdoba.
Arde la Capilla como un asena de
oro. Para verla, en adoración se aso-
man desde la clausura las monjitas
que en la nave inmediata cuidan de
los acogidos, de los incurables por-
que sufren el mal sin remedio de la
ancianidad.
Al fondo, broche de unión del
Templo y el Hospital, un bello jar-
dín, discretamente alumbrado en las
sombras de la noche. Naranjos y pal-
meras lo forman y lo vivifica el agu-
da una fuente que nace al pie de un
airoso triunfo de la Inmaculada, de
una columna esbelta cuyo capitel sir-

ve de altar a la imagen de la Reina
de los Cielos.
Es comprensible, en aquella exal-
tación general, la creencia de que va-
ría la expresión del rostro de la Do-
lorosa. Realmente, sustituyeron el
primitivo por que no representaba la
angustia infinita de la Madre de Dios.
Para evitar contingencias, la cabeza
divina entregaron a las llamas, pero
el fuego del espíritu de Córdoba no
hubo de consumirla, sino que la con-
serva y reproduce, con las luces de
la imaginación. Así, todavía en nues-
tro tiempo, la cara de la Virgen no
parece igual en su camarín a la que,
entre las luces del día y de las velas,
se le ve cuando en procesión y en
triumfo pasa por las calles de Cór-
doba.
Es por excelencia, la advocación de
cambiantes expresiones, como el su-
frimiento de la Dolorosa. Su imagen
adorada, también se modifica, sin de-
jar de ser ella, cual en múltiples apa-
riciones de una sola, celeste figura.
Allí mismo, sobre la mesa petitoria,
la Virgen se muestra reducida, pero
idéntica a la forma principal, y tam-
bién de su túnica penden exvotos y
a sus pies depositan los fieles otras
ofrendas piadosas. Pero aún se hace
más aseguible la Virgen de los Do-
lores. Ella y su Capilla disminuyen
hasta el punto de que un ancianito
puede transportarlas sin fatiga en
sus trémulas manos, para llevar a la
Virgen a los propios hogares de los
cordobeses. ¿Quién no ha experimen-
tado la emoción de la excelsa visita?
De pronto, en la paz de la casa, sus-
pendiendo un instante la alegre al-
garabía de los hijos, suena el aldaba-
nazo, seguro como un repique. Impa-
ciente, preguntará un chicuelo o una
niña: ¿Quién es? Y una voz suave,
igual que en los cuentos de niños,
responderá: ¡La Virgen de los Do-
lores! Apresurados abrirán los niños de
par en par la puerta, besarán la pea-
na de la Imagen, encerrada entre flo-
res en su fanalito, y entregarán su
modesto óbolo. El viejo seguirá su
ruta. A veces, en una borriquitita que,
como en la fuga al Egipto, llevará
sobre sí a la Madre de Jesús, el vie-
jecito transportará por los pueblos
alegres y blancos de Andalucía, bajo
el triunfo del sol de fuego, la encan-
tadora divina figura, extendiendo por
toda la región y aún fuera de ella la
devoción de la Virgen de los Dolores
de Córdoba.
En aquel Pórtico de la Gloria con-
cluye el doble friso con que el alma
y la vida de la ciudad adoran el ex-
terior de las blancas paredes de la Ca-
sa de la Dolorosa a partir de la penum-
bra de la entrada por la plaza de las
Doblas y la subida por la cuesta del
Baillo, en filas sin término, en parti-
cular formadas por mujeres. La es-
sa claridad, reproduce en sombras las
figuras sobre la Iglesia. Al llegar a
la puerta, la luz de los Dolores las
alumbraba de lleno. Es entonces quan-
do se desarrolla toda la gama de la
belleza femenina. Se va desenvolvien-
do, desde el moreno rostro de la gita-
na, de blancos dientes y pelo de en-
drina, hasta la dama hermosa cuya
cabellera rubia parece una llama. Se
siente ascender por la cuesta del Bai-
llo a algunas penitentes que de rodi-
llas y en cruz llegan desde la calle
de los Alfáros.
Al salir, muchas devotas en igual
forma se hincan ante la expirante
imagen del Cristo de los Dolores,

ROMANCERO CORDOBÉS

La Virgen de los Dolores

Es noche del Viernes Santo...
Por las calles cordobesas
van desfilando pausadas
las imágenes severas
que del Entierro de Cristo
se dirigen a su iglesia.
La plaza de Capuchinos,
rincon de calma y leyenda,
bien pronto se ve invadida
por la turba callejera
que acude ansiosa y creyente
a despedir a la Reina
de los supremos Dolores,
de las angustias supremas.
La imponente masa humana
que el místico lugar llena,
aguarda impasible y muda
a que radiante aparezca
por la esquina de la calle
la Virgen más cordobesa,
la que más devotos tiene,
la que inspira más ternezas,
la de la cara de rosas
y lágrimas que son perlas;
la que arrastra tras de sí
las muchedumbres, y llena
con su hermosura las calles
y el corazón con sus penas.
De pronto un sordo murmullo
agitase en la plazuela;
la turba infantil repite:
¡Ahí está la Virgen! ¡Ya legal!
Un resplandor imponente
el ámbito oscuro puebla
con el fuego de mil luces
o el fulgor de mil estrellas.
Es que la Virgen avanza
sobre su trono de Reina,
que si no es sol deslumbrante,
es una infinita hoguera
de llama viva, en que arde
el corazón de esta tierra
cristiana, noble y creyente
por tradiciones y herencia.
Desbordase el entusiasmo;
surge rauda la saeta,
y de mil bocas a un tiempo
sale triste y lastimera
esa copla, en cuyo canto
tanta poesía se encierra.
Entra la Virgen mirando
al pueblo que se congrega
a las puertas de su templo;
hay frases que son endechas,
hay súplicas, hay sollozos,
hay lágrimas y promesas,
cual si aquella despedida
las almas estremeciera
en un espasmo infinito,
último de la existencia.

A poco entre la penumbra
los devotos se dispersan.
En un profundo silencio
la típica plaza queda.
Tan solo Cristo en la Cruz,
inmóvil cual roca eterna,
alumbrado por el triste
fulgor de las candeliejas,
sigue ofreciendo a los hombres
las mieles de su clemencia
en un paternal abrazo
de misericordia excelsa,
mientras descende a la plaza
como don de primavera
la luz tibia y amorosa
de la blanca luna llena.
Antonio Ramirez.

SAETAS

(De la colección de saetas populares publicada
recientemente por don Agustín Aguilar y
Tejera.
Nació la primer saeta
al pie de la misma cruz,
y se envolvió en un suspiro
de la madre de Jesús.
Siete saetas de plata
el corazón te destrozan,
y de la sangre que viertes
han nacido siete coplas.
Todos los profetas son
precursores del Mesías,
que al mundo profetizaron
los nueve su bien venía.

La procesión que pasó

¡Qué lujosas procesiones!
¡Qué hermosas exhibiciones!
¡Todos de entusiasmo llenos!
¡Jentíos y cuántos sayones!
¡Qué filas de nazarenos!
Van los trozos esplendentes,
como ascuas resplandecientes,
a los ojos deslumbrando,
cercados de penitentes
que en silencio van marchando.
Agiles campanilleros,
elegantísimos bastoneros,
estardantes primorosos,
con figuras y letreros
artísticos y vistosos.
Las músicas, a porfía,
dando al aire su armonía
que mezclan con los rumores
de marcial trompetería
y de los roncós tambores.
Mas tanta solemnidad
y tanta grandiosidad
no borran del corazón,
el recuerdo, en otra edad,
de mi humilde procesión.
Era niño todavía
y desde la galería
de mi casa secular,
emocionado veía
a la procesión pasar.
Iban jóvenes y ancianos,
con los cirios en sus manos,
ya rezando fervorosos,
o ya los himnos cristianos
entonando venturosos.
Las mujeres enlutadas,
en el suelo las miradas,
la pena en el corazón,
caminaban agrupadas
repetiendo una oración.
Y cual sol de nuevo día,
sin oro, ni pedrería,
ni adornos, ni falso brillo,
iba la Virgen María
sobre su trono sencillo.
Epopeya del quebranto,
envuelta en el negro manto,
las blancas manos cruzadas

y por las perlas del llanto
sus pupilas enturbiadas.

Tan humilde procesión
llevaba hasta el corazón
religioso sentimiento,
a los labios, la oración
y a la fe, sublime aliento.

En mis horas de temores,
de dudas, o sinsabores
surge una vez y otra vez,
la Virgen de los Dolores
memoria de mi niñez.

Y en extraña confusión
resucita mi ilusión,
en claro espejo trazada,
la sencilla procesión
de mi niñez adorada.
Narciso Díaz de Escobar.

La humanidad irredenta

El Prometido de la gente, im-
plorando perdón en los últimos ins-
tantes de su vida para el pueblo bár-
baro que dominado por los impulsos
de su soberbia y de su crueldad lo
había llevado al suplicio de la Cruz,
dió a la humanidad la más sabia de
las lecciones.
Jesús no conoció la envidia, ni el
rencor tuvo aliento en su espíritu por
que había sido conformado para sen-
tir la piedad.
Desdeñó las pompas y los triunfos
para que su humildad prendiera en
el corazón del pueblo y sus detracto-
res, incapaces de comprender el bien,
le persiguieron en sus peregrinacio-
nes, burlándose de sus oráculos y
anatematizando a los que proclamaban
Hijo de Dios al proscripto de Jeru-
salem.
Apóstol de la Verdad no tardó de
hacer prosélitos de su religión a
quienes no creían en ella. Sus exhor-
taciones iban siempre dirigidas a los
hombres de buena fe que quisieran
seguirle.
Jesús no tuvo pretensiones políti-
cas ni aspiró al dominio de las cosas
exteriores. Su doctrina sólo tenía por
base la regeneración espiritual del
hombre por medio de la virtud, de la
humildad y de la pobreza.
Su palabra consoló las aficciones
de los humildes, ayudó a levantar al

caído, y los redimió de sus penas y
de sus culpas por la fe.

Y no obstante el Divino Maestro
no logró modificar los convenciona-
lismos del pueblo romano, que fiel a
sus tradiciones, difícilmente podía
amoldarse a la esclavitud del espíri-
tu y al martirio de la carne.

La ignorancia de Roma fue incapaz
de comprender aquellos princi-
pios sociales y morales que poco más
tarde habían de ser base de la so-
ciedad.

La semilla que Jesús esparció por
la tierra la esencia de su filosofía, su
amor al prójimo, el desprecio de to-
das las vanidades, si bien ha trazado
nuevas orientaciones en la marcha
del mundo, sólo en teoría subsiste en
el espíritu de los hombres.

Nuestra misma generación, influi-
da por todas las ciencias, carecería
de valor moral si no existiera una ley
utilitaria que justificase la práctica
del bien. Nuestro egoísmo ha olvida-
do que Jesús, para imponer sus má-
ximas, no necesitó halagar las pasio-
nes de los poderosos.

La concupiscencia más desenfrenada
reina en la tierra y si un día
volviera el hombre espíritu para re-
dimirnos de nuestros pecados, nos-
otros mismos que execramos al pue-
blo que lo crucificó, amordazaríamos
su boca para que las verdaderas doc-
trinas quedaran ocultas y lo elevá-
ríamos de nuevo al Calvario entre los
gritos de júbilo de la multitud.

M. Durán de Velilla.

En virtud a la solemnidad del día de
hoy y observando la costumbre es-
tablecida por casi toda la Prensa, ma-
ñana no se publicará este periódico

La humana ingratitude

Con santa resignación
hasta las heces apura
el cáliz de la amargura
Jesucristo en su pasión.
Sus labios, rico panal
de la más sabrosa miel,
humedécele con hiel
un ruín aborto infernal.
Mas las pócimas impuras
no amargan tanto al Dios-Hombre
cual la ingratitude sin nombre
de las perversas criaturas.
Ricardo de Montis.

TOMADLO CURAREIS
Jarabe Pagliano.
 Líquido, Pólv. Comprimidos.
 DEL PROF. ERNESTO PAGLIANO DE NAPOLES
 SAN MARCO 4.

EXCELENTE DEPURATIVO
 Y REFRESCANTE DE LA SANGRE
 CURA LAS ENFERMEDADES DEL
 HIGADO, GATARROS DEL ESTO-
 MAGO, DILIS, INTESTINOS, etc.

EXCITA EL APETITO
 Y ESTIMULA LAS FUNCIONES
 DEL APARATO DIGESTIVO

Exljase siempre el nombre ERNESTO PAGLIANO
 AGENTES EN ESPAÑA
J. URIACH y C^o Ducha 49, BARCELONA.
 VENDESE EN FARMACIAS Y DROGUERIAS



**La sangre viciada
 va comiendo la piel**

El buen sentido popular no se equivo-
 ca atribuyendo a un envenenamiento
 de la sangre. El cortejo de enfermeda-
 des de la piel sarpuillosos, acnes, psori-
 asis, oritoma, sycosis, eczemas, im-
 petigos, prurigos; es debido a tener la
 sangre viciada que sobrevienen las va-
 rices, fobitis, úlceras varicosas, goma,
 reumatismo, neuralgias, vertigos, lumbago,
 ciática, mal de piedra, nefritis, artro-
 esclerosis y también las enfermedades
 de la mujer, edad crítica, reglas dolorosas,
 formaciones difíciles, pérdidas blancas,
 metritis, tumores y fibromas. Para vencer
 las enfermedades que lo molesten y recon-
 quistar su sangre debe Vd. desembarazar su
 sangre de los venenos que la envuelven.
EL DEPURATIVO RICHELET lo hará a Vd. una
 sangre nueva, pura y fluida, devolviendo a
 todos los órganos los principios vivifican-
 tes. Su acción poderosa sobre la masa san-
 guínea explica sus curas maravillosas. En-
 fermos con demas han sido arrancados de la
 muerte por el **DEPURATIVO RICHELET**.
 Cada frasco va acompañado de un folleto
 ilustrado. De venta en todas las buenas Far-
 macias y Droguerías. Laboratorio L. RICHELET,
 de Sedan, rue de Belfort, Bayonne (Francia).

Gran Fábrica de Somniers SAN JOSE

Somniera de todas clases y medidas, sin competencia posible,
 por su inmejorable calidad y precios.
 Oficina y despacho: Jesús María, 1. Córdoba. Teléfono 241
ANTONIO DE LA TORRE VENZALA
 —Se vende leña troceada a domicilio desde 10 arrobas.—

**FABRICA DE AZULEJOS
 DE
 J. MUÑOZ MATAMOROS**

ONDA (Castellón). P. de San José, 29
 SUCURSALES: CORDOBA. Reyes Católicos, 14
 HUELVA. Odiel, número 65

Azulejos blancos de todas medidas y a base de esmaltes inalterables a la
 variación de temperaturas, propios para depósitos de aceite, carnicerías, cámaras frigi-
 fíricas, lavaderos, mercados, retretes y mataderos públicos. En tricolor y dibujos de
 variados estilos expresamente fabricados para la decoración de jardines, stadiums,
 parques, fachadas de edificios, escaleras, vestíbulos, salones y teatros.
 Todo el mundo debe interesarse en fomentar el empleo de mis azulejos, por ser
 de fabricación nacional y por los beneficios que proporcionan a la salud pública.
 Los azulejos blancos los vendo desde 5 a 9.50 pesetas el metro cuadrado; los de
 color, de 5 a 10.75 pesetas ídem; y los de dibujo desde 10 pesetas metro cuadrado,
 género puesto en almacén Córdoba.
 PARA PEDIDOS A FABRICA, SOLICITENSE PRECIOS.

Gran Churrería Madrileña

ANTONIO SANCHEZ Y GRANADOS
 Tiene el honor de comunicarle a su numerosa clientela y al público en general,
 que se halla establecido en la calle de San Pablo, número 34, donde encontrará
 los legítimos **CHURROS MADRILEÑOS** españoles y pastitos **ALONSO XIII**. Los
 mejores.—El dueño es el mismo que estuvo instalado en la casa número 22 de la
 misma calle, frente a la de Santa Marta.

CALLE DE SAN PABLO, NÚMERO 34

Bebido y Domingo abierto toda la noche

SE VENDEN naranjas en la Cañilla del
 Aire y se sirven a domicilio de
 trescientos en adelante. Avisos, Rodríguez Sán-
 chez, 5 y Teléfono 792.

ALMONED! Se vende un juego de dos me-
 zitas de noche y un tocador,
 nuevo y de estilo moderno y una cama. Rey Heró-
 dia, 2.

FERNANDO GUIJO
DENTISTA
 CONDOMAR, sin número.

AU CORSET FRANÇAIS

Se hacen corsés sobre medida. Elegante coré
 forma Imperio. Fajas higiénicas para desensos y
 enfermedades del vientro o riñón, aprobadas por
 los médicos. Gran surtido en géneros de alta no-
 vedad, tanto en telas como en adornos.—Esta casa
 tiene los mismos adelantos de las corseterías de
 París.
Alfonso XIII, 38, principal.—Córdoba

Se vende muy barato el motor de ca-
 samento, con tres puertas de
 persiana de hierro, que había instalado en la fa-
 brica de San Nicolás. Bando en la Carretería de
 La Feria, calle Sordana.

El padecer de las muelas
 no tengas ningún reparo
 en tomar el Sello Sano
 que el remedio no es caro.

SEGUROS DE CRISTALES
«Unión Catalana»

Le recomienda sus pólizas en extremo intere-
 santas.

Soiáres. Se venden en el barrio de las
 Margaritas, muy bien situados
 y rodeados de edificaciones. Próximo a las dos es-
 taciones del ferrocarril. Se han facilitado para el
 pago. Darán razón, frente a la Mataduría Corde-
 bes.

EL COMERCIO

Camión de transportes. Telones, facturaciones,
 mudanzas, viajes a los pueblos de la provincia y
 giras campestres. Avisos, San Pablo, 18. Córdoba

Taller de encuadernación
 de Francisco Muria, Casa fundada en 1876 y tras-
 ladada a calle Santa Ana, 1, frente a Carbonell y
 Compañía. TELÉFONO 1-4-0

La Seguridad. Transportes
 Para viajes, mudanzas y transportes en general
 la más económica, para porcelos la más cómoda y
 rápida. No utilice servicio alguno sin consultar
 con ésta casa, ahorrará tiempo y dinero. Avisos a
 José Nadeles Pinto. Madura Baja, 21 duplicado.

Se arrienda un amplio local, propio pa-
 ra industria o comercio, en
 la Plaza del Potosí, 2. Para saber de la misma,

Véndese un almir de paja de unas
 8.000 arrobas, en las Cuercas
 Bajas. Informes, en las Oficinas de la Inspección
 General de El Fenix Agrícola, Claudio Marcelo,
 28, 2.º

UN PIANO. Se vende un precio económico,
 Gran Capitán, 24. Hora de verse
 de 11 a 2.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO
DIARIO DE CORDOBA

Calle García Lovera, núm. 20
 APARTADO NUM. 30
 TELEFONO NUM. 184

Se hace con prontitud toda clase de trabajos :: Factu-
 ras, esquelas de defunción, participaciones de enlace, re-
 cordatorios, prospectos y carteles en todos tamaños, cin-
 tas para coronas, etc., etc.

Calle García Lovera, núm. 20

CONVALECENCIA,
 DEBILIDAD

ANEMIA
 VINO y JARABE

Deschiens a la Hemoglobina

Los Médicos proclaman que este Hierro vital de la Sangre es muy superior
 a la carne cruda, a los ferruginosos, etc.—Da salud y fuerza — PARIS.

BOJALATERIA DE RICARDO ORTEGA



Construcción de toda clase de obras concernientes al ramo
Se componen radiadores
 Especialidad en parrillas para autos y coches

Instalaciones de agua y gas
 Vidrieras artísticas a 60 pesetas metro cuadrado

A 2'25 metro de canal y bajante
García Lovera, 2.—Córdoba

SE ARRIENDA desde el día, jardín del Al-
 cazar con un pabellón, en-
 trada Campo Santo de los Mártires. Para tratar,
 con don Acisclo Carrillo, Plaza de la Carcel, 3.

SE ARRIENDAN portales con vivificación sin
 ella a precios económicos
 en la Avenida de Cannalejas, 1 (Puerta Osario).

Se desea arrendar local amplio y
 propio para almacenes,
 preferible en sitio próximo estaciones f. c. Pueden
 dirigir ofertas a don Antonio Ortiz, Góngora, 24,
 de 10 a 12 de la mañana.

ARRENDAMIENTO. Desde el día de un
 piso bajo con agua
 de pie, en la calle Gutiérrez de los Ríos, 29.

Arrendamiento de huertas
 Se hace desde San Miguel próximo de va-
 rias huertas en la finca Carado de Ribera, pago
 de Alcolea. Informen en la misma o en la Cáma-
 ra Agrícola, en Córdoba.

SE ARRIENDA planta baja interior con ca-
 sa para vivienda y locales
 para depósitos o industria, completamente in-
 dependiente, con instalaciones de agua y luz eléctri-
 ca, en Sánchez Peña, 8. Darán razón en la misma,
 piso principal.

HABITACION

anueblada decente caballero. Ruégas; escribir:
 A. R. Hotel Regina. 3-2

COMPRA Y VENTA

de paja al por mayor y menor. Se sirven carros
 de paja de cien arrobas, a domicilio. José Jurado
 Moreno, Mayor de San Lorenzo, 196. Teléfono 619
 Córdoba.

Casa Chalet Jardín
 Se arrienda una hermosa casa, con once habita-
 ciones, agua y jardín, en el Llano del Pretorio, 5.
 Dan razón en el núm. 3 de la misma calle.

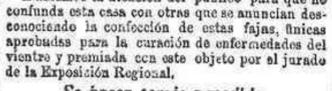
DESDE EL DÍA se arrienda departamento
 en finca de recreo, cerca
 de esta capital. Razón, San Miguel, 1.

Se arrienda una bonita casa en la ca-
 lle Villalones, 6. Horas de
 vería de 10 a 12 mañana y de 4 a 5 tarde. Para
 tratar, plaza del Tambor, 2.

SE ARRIENDA local propio para tienda,
 con vivienda, en la calle
 Isabel Lora, esquina a Imágenes, Razón, Insige-
 nes, 19 (portería).

Cama de matrimonio en perfecto estado se ven-
 de. Docs de Octubre, 3,
 2.º izquierda. 3-8

Fajas Higiénicas



Llamamos la atención del público para que no
 confundiendo esta casa con otras que se anuncian des-
 conociendo la confección de estas fajas, únicas
 aprobadas para la curación de enfermedades del
 vientro y premiada con este objeto por el jurado
 de la Exposición Regional.

Se hacen corsés a medida.
 No equivocaros
Leonor Vázquez, Vda. de Corredor
 POMPEYOS, NUM. 5.—CORDOBA

Corsetería Madrileña



Especialidad en Corsés-Fajas.—Fajas.—Corsés rectos
 necesarios para cuerpos defectuosos

LIBRERIA, 14 : CORDOBA

Para residir en el campo
 se necesita un prec icante de medicina. Dadas
 zón, oficinas del Pantano, Córdoba.

Toldos y cortinas luce, compra
 coloco el acreditado ma-
 tro José Brito. Para avisos en la Albarca de
 la calle de San Pablo, 1 (seguna a la de Alca-

Arriendo en el día local para industria
 con vivienda o sin ella. In-
 viend» es sala y alrns independienra, a muy
 condiciones. Para verlo y tratar, San Juan de
 trán, 48.

SE ARRIENDA desde el día departamento
 para encerrar ma-
 ataracas y un granero. Para verlo y tratar,
 D. rros Calera, 12, donde se vende todos los
 riales de corchos de Córdoba y Sevilla, con
 rebajas.

ARRENDAMIENTO DE FINCAS RUSTICAS
 Se hace desde el día de un cortijo nombra-
 «Cañada de las Doblas y sus agregados», con
 fanegas de tierra calma, abundantes abrevaderos
 con agua de pie, buen asiento completo de
 de pie de hato, sito en este término municipal
 las inmediaciones de la Estación de Grandadilla.
 Una dehesa nombrada «Hacienda de San Ra-
 fael» antes «Hacienda del Arrendado», con 1.846 fan-
 gas de cuerda, de pastos, pobladas de vacas y
 acobuchos, amplias casas, caberizas, cuberza
 teja, buenos abrevaderos y cercada con espino
 oficial. Por separado, para cada finca, una
 población don Angel Suárez Varela, Rodríguez
 chez, 11, de 12 a 5.

VENTA

Se vende una prensa para tirar cartón
 Darán razón en la imprenta de
 BIANCO.

DIARIO DE CORDOBA PERIODICO INDEPENDIENTE
DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Sesenta y nueve años de publicación no interrumpida

Extenso servicio telegráfico de España y el Extranjero.—Noticias de la capital y de la provincia.—Informaciones gráficas.—Colaboración literaria.

TARIFA DE ANUNCIOS

EN 1.ª PLANA.	GACETILLA Y ANUNCIO entre gacetillas.	Ptas. 1'00	línea
EN 2.ª	ANUNCIO intercalado en el resto del texto.	0'80	
	en «Avisos útiles».	0'45	
	corriente.	0'40	
EN 3.ª	ANUNCIO intercalado en la Información telegráfica.	0'35	
	corriente.	0'30	
EN 4.ª		0'25	
		0'10	

MINIMO por inserción: Para la 1.ª plana, 1'00; para la 2.ª plana, 1'00; para la 3.ª plana, 0'80; y para la
 4.ª plana, 0'60.

Anuncios con emplacements especiales o que sean elegidos por el anunciante dentro de cada grupo, comu-
 nicados, artículos industriales y análogos, una vez aceptada la publicación de los mismos, y anuncios desde 1/4
 de plana en adelante, precios convencionales, pero nunca menores que el doble de los de tarifas.

Bonificaciones en los precios de esta TARIFA
 Al suscriptor, si se trata de anuncios de su exclusivo interés. 25 %

EN NINGÚN CASO SE HARA MAYOR BONIFICACION DEL 25 %

TARIFA de esquelas mortuorias y de misas

Ancho de dos columnas y altura de 20 a 22 líneas (75 a 85 mm.) Tamaño corriente	Ptas. 100	cada línea
EN 1.ª PLANA.	Encabezando las dos primeras columnas o del centro.	80
	Encabezando las dos últimas.	60
	Al pie de la plana.	40
En 2.ª	En el lugar que permita la composición de la misma.	15
En 3.ª	En el lugar que permita la composición de la misma.	

Tamaños distintos de los anteriores, precios proporcionales, a menos que se trate de media o más de media
 plana, en cuyo caso los precios serán convencionales, pero nunca menores que los proporcionales.

BONIFICACIONES.—Por la esquila mortuoria del suscriptor se sobrá la mitad de los precios de tarifa.
 El suscriptor pagará la mitad de los precios de tarifa por las esquelas mortuorias de las personas de su familia que
 dtaran con él y por las esquelas de misas de cualquier persona de su familia.
 Cuando las esquelas hayan de insertarse en la 3.ª plana, sin exceder su tamaño del corriente, tan sólo se sobrá por
 ellas cinco pesetas en los mismos casos consignados anteriormente.

TARIFA DE ANUNCIOS EN LA "SECCIÓN RELIGIOSA"

Anuncios de defunción, de misas y demás cultos q^o hayan de celebrarse a expensas de par-
 ticulares, no excediendo de 15 líneas y en la forma acostumbrada. Ptas. 2'50 cada día

BONIFICACIONES.—Sólo se sobrá 1 peseta por el anuncio de defunción del suscriptor.—El suscriptor pagará tan-
 solo 1 peseta por el anuncio de defunción de las personas de su familia que habitaren con él y por los anuncios de misas
 de cualquier persona de su familia y demás cultos que hayan de celebrarse a sus expensas.
 El exceso de líneas se sobrá, en ambos casos, a 0'15 pesetas línea.